

Miguel Ángel de la Cruz Gómez



EL SILLÓN
ROJO CARMESÍ

Author: Miguel A. de la Cruz Gómez

Cover design: Miguel A. De la Cruz

9798640917239

© Miguel A. de la Cruz. Derechos Reservados.

Queda prohibida toda reproducción total o parcial de esta obra sin expreso deseo de su autor, aplicándose las medidas legales oportunas exigibles.

ÍNDICE I

Capítulo A.....	1-15
Capítulo B.....	16-30
Capítulo C.....	31-45
Capítulo D.....	46-60
Capítulo E.....	61-75
Capítulo F.....	76-88
Capítulo G.....	89-103
Capítulo H.....	104-118
Capítulo I.....	119-133
Capítulo J.....	134-147
Capítulo K.....	148-160
Capítulo L.....	161-172
Capítulo M.....	173-186

ÍNDICE II

Capítulo N.....	187-200
Capítulo Ñ.....	201-215
Capítulo O.....	216-228
Capítulo P.....	229-242
Capítulo Q.....	243-256
Capítulo R.....	257-270
Capítulo S.....	271-284
Capítulo T.....	285-298
Capítulo U.....	299-312
Capítulo V.....	313-326
Capítulo W.....	327-340
Capítulo X.....	341-355
Capítulo Y.....	356-370
Capítulo Z.....	371-385

PRÓLOGO

El presente libro, narra el recorrido histórico de un mueble. En concreto, el de un sillón de estilo Luis XV nacido del árbol donde colgaba el cuerpo de un asesino en serie. Más allá de asemejarse a un mueble cualquiera, nuestro protagonista tiene la peculiaridad de poseer en sí mismo vida propia. El desencadenante propicio para que el hecho lo convierta en un peculiar asesino de mujeres, es que ha sido bañado en su sufrida tapicería con la sangre de una trágica venganza pasional y de la posesión perversa de un criminal.

El rocambolesco relato, no está inspirado en ninguna otra obra que se le asemeje, por lo que magnifica su importancia inédita enmarcada en el género del crimen y misterio. No resulta fácil dotar a un objeto inanimado de vida, haciendo que se comporte como el protagonista del libro, siendo por ello complejo revestirlo del perfil de un asesino. Todos los nombres de personajes, algunos lugares, entre otros, han sido sacados de la pura ficción.

El nacimiento del personaje, comienza a mediados del siglo XVII, donde un asesino de niños es ajusticiado por las autoridades locales del pintoresco municipio francés de *Minerve*, junto a los ríos *Cesse* y *Brian*. El odio contenido por la oleada de crímenes, unido a la sed de venganza popular, hace que el alcalde, junto con otros magistrados, se vieran obligados a colgarlo delante de todo el pueblo a las afueras de la comarca en un lugar llamado “*la vallée des cyprès*”, en un paraje de grandes árboles donde uno en concreto, un espeluznante tejo milenario sería el lugar desde donde colgarían al malhechor. La muerte del asesino en la rama del árbol, haría misteriosamente que este engendrara vida pro-

pia a través de su sabia mezclada con la sangre del infame. Con los años, la madera de la legendaria planta, sería talada para la fabricación de muebles artesanales y dotando en concreto, a un sillón de estilo Luis XV, de la propia naturaleza asesina de su antecesor, como en una segunda vida para perpetrar nuevos asesinatos. Posteriormente, un siglo después, el mueble pasará a ser propiedad de un noble de una estirpe familiar francesa, el cual, sorprende después de temidas sospechas, a su esposa manteniendo un idilio secreto con el joven profesor de clavecín de su hija. Tras armarse del valor necesario y llevado por la ofuscación de la traición, una noche que todos descansaban, se aproxima hacia su mujer que, sentada en un viejo sillón del salón y sin contemplaciones, clava el filo de su cuchillo en el cuerpo de esta. La sangre de la esposa, es derramada sobre la rasgada tapicería del asiento a consecuencia del afilado arma. El viejo mueble de época, pasará por distintas etapas prolongando el instinto sanguinario de su mentor y su insaciable sed de venganza hacia todas las mujeres vinculadas al sillón.

El objeto maldito, con los años y el bagaje de crímenes a su respaldo, comienza a ser investigado por un déspota agente de policía y su compañera. La vida de ambos agentes se cruza con la de una señora anticuaria propietaria del sillón. Juntos, comenzarán a investigar los casos de muertes sin resolver, buscando posibles soluciones para acabar con él para siempre. Parece que se atisba un final para tan malévolas piezas que parece haber sido fabricada como trono para el propio Belcebú.

Miguel Ángel de la Cruz Gómez

A handwritten signature in black ink, appearing to read 'Miguel Ángel de la Cruz Gómez', with a stylized, somewhat abstract flourish at the end.



CAPÍTULO A.
EL SEÑOR FABRICE
DE LAVESPIERRE

Año de nuestro Señor: mil seiscientos treinta y dos. Medios del siglo XVII. En una apacible villa francesa a orillas de los ríos *Cesse* y *Brian*, llamada *Minerve*, suceden los terroríficos acontecimientos que este libro irá desvelando.

La economía de la villa estaba sufragada por un pequeño núcleo feudal de familias nobles afincadas en el lugar. Se dedicaban al cultivo de fértiles cepas de las que elaboraban uno de los más exquisitos vinos del sur de Francia. La gran mayoría de jornaleros de los campos que transitaban *Minerve*, eran aldeanos de la comarca y de otras pedanías próximas que se desplazaban temporalmente hasta este remoto lugar, afincados en chabolas de paja a las afueras de las murallas.

Unos niños juegan junto al embarcadero del viejo puerto en desuso del pequeño municipio. El entorno era pacífico, pues tan solo unos años atrás, un comerciante acaudalado, financió, debido a sus intereses de transacciones comerciales, la

construcción del que sería el nuevo puerto de mercancías de la villa de *Minerve*, mucho más próspero y de dimensiones más acorde con una incipiente conexión portuaria con otras localidades francesas e hispanas. El viejo puerto, se había convertido en improvisado lugar de ocio de los chicos de la comarca. A pesar de las insistentes advertencias de sus padres de que el lugar estaba revestido de cierta peligrosidad, debido a las podridas maderas que conformaban las plataformas de todo el embarcadero, los muchachos, buscaban el momento oportuno para juntarse en pandillas y pasar la tarde en tan singular zona de juegos. En los meses de estío, competían entre ellos, lanzándose al agua del caudaloso río y refrescándose de una sofocante tarde de sol. Un muchacho, observa al resto de sus amigos:

—*Vamos..., ¿a qué esperas Adrien? Todos se han tirado al agua, cobardica.*

—*Dejadme en paz. No me da miedo, es solo que no me apetece bañarme hoy. Prefiero estar aquí sentado, muchachos.*

Uno de los chicos, sigilosamente ha subido las escaleras del puerto y caminando tras unas barricas y cajas, se posiciona inesperadamente detrás del joven para lanzarlo al agua.

—*Venga al agua, seguro que este sucio gato sabe nadar solito.* —Dijo el chico algo mayor que Adrien que forcejeaba con él para lanzarlo al agua, mientras los demás, reían por la broma.

—*No por favor, Didier...; mi madre me regañará si mancho la camisa que me ha hecho. Suéltame de una vez.*

Tras un giro del muchacho, consigue liberarse de su amigo y corre por el olvidado puerto en dirección a su casa.

—*Corre gallina..., ve a las faldas de tu madre a llorar.*

Al llegar a su insalubre calle “*Rue des frères*”, transitada por toda clase de gentes que paseaban por los puestos de comerciantes y los carruajes, sin tener en cuenta en su deambular el barro dominante del entramado de la ciudad, el chico, sube los peldaños de piedra que llevan hasta su humilde casa. Se dirige a una señora de mediana edad que está inmóvil junto a la mesa.

—*Hola, madre; ya estoy de vuelta.*

—*Menos mal que has llegado, hijo. Vuestro padre está a punto de llegar y ya sabes que no le gusta que pases tanto tiempo fuera de casa.*

—*Estaba en el viejo puerto con mis amigos.*

Tras un breve silencio sin respuesta por las justificaciones de Adrien, responde de nuevo su madre, dejando el cuchillo con el que pelaba verduras sobre el plato:

— *¿No te habrás manchado la camisa nueva que te he hecho, no Adrien?*

—*No madre. Está limpia como cuando me la puse esta mañana.* —Responde tímidamente el muchacho.

—*Haber..., ven aquí.*

El chico, se acerca colocándose delante de su madre invidente para que palpara el tejido impoluto de la prenda. La desdichada Señora Curie, había colaborado en el sostenimiento de la familia, habiendo cosido durante años por las noches a la luz de una triste vela para adelantar los pedidos y habiendo perdido gradualmente la visión de sus ojos. Tan

solo podía ver a un palmo y con cierta borrosidad, muy semejante a la escasa visión de los afectados por los achaques de cataratas. Tras palpar la blanca camisa de su hijo, le dice:

—*Lávate las manos y trae una jarra de vino del corral. Tu padre ya pronto se sentará contigo para comer.*

— *¿No esperamos a Chloé a que venga?*

—*No, hijo. Vuestra hermana ha empezado a trabajar en la taberna del Tío Matthieu. Le debía demasiados favores a vuestro padre y ya es hora de que empiece a cobrarlos. ¿No os parece, hijo?* —dijo levantando el tono por un marido tan gratuitamente generoso.

—*Entonces..., ¿no pongo su plato, madre?*

—*Ya te he dicho que no. Comerá allí junto a la familia del tabernero. Deja ya de hacer tantas preguntas y lávate las manos ya. Es ya muy tarde, Adrien.*

—*Ahora mismo, madre.* —Y se adentra por el oscuro pasillo de la casa hasta el corral del fondo para coger agua del pozo para lavarse y llenar de igual modo, la jarra de vino de las barricas de su padre. El chico, trata de coger de la hornacina que disponían como despensa el pan horneado y descubre que no hay. Dice a su madre:

—*Madre..., no hay pan. ¿No ha podido comprarlo Chloé antes de marcharse?*

—*Se le habrá olvidado, hijo con los nervios del primer día de la faena. Ve corriendo en un salto hasta el “Molino de la Ruelle” y a ver si le queda alguna hogaza. Dile que ya se la pagamos mañana.*